



UNIDAD 3 EL EMPIRISMO

3.1. EL EMPIRISMO

En el capítulo anterior nos hemos ocupado de la primera corriente de la modernidad, el Racionalismo. El Empirismo, del cual nos ocuparemos en este tema, constituye el segundo gran movimiento de la Filosofía Moderna.

Empirista es, en general, toda filosofía según la cual el origen y valor de nuestros conocimientos depende de la experiencia.

En el capítulo anterior señalábamos como una de las tesis fundamentales del Racionalismo era la afirmación de que el entendimiento, la razón, posee ciertas ideas y principios innatos. Según el Racionalismo, decíamos, sería posible deducir el edificio entero de nuestros conocimientos fundamentales acerca de la realidad a partir de tales ideas y principios que el entendimiento encuentra en sí mismo, sin necesidad de recurrir a la experiencia.

La doctrina empirista que nos ocupa surge como una teoría opuesta al Racionalismo en cuanto al origen y límites del conocimiento. Según la corriente empirista no existen ideas ni principios innatos al entendimiento. Con anterioridad a la experiencia, nuestro entendimiento es como una página en

blanco, una *tabula rasa*, en que nada hay escrito. Podemos pues definir el Empirismo como aquella teoría que **niega la existencia de conocimientos innatos** y, por tanto, afirma que **todo nuestro conocimiento procede de la experiencia**.

3.2. JHON LOCKE (1632-1704)

3.2.1. EL "ENSAYO SOBRE EL ENTENDIMIENTO HUMANO"

La obra más importante de este autor inglés es, sin duda alguna, el *Ensayo sobre el entendimiento humano*.

Ya en el capítulo I concreta Locke que su propósito es "investigar los orígenes, la certidumbre y el alcance del entendimiento humano". Como puede verse la intención es puramente gnoseológica. Se trata, simplemente, de ver cuál es el alcance, el valor y los límites del conocimiento humano.

Y para Locke, al igual que para Descartes, es claro que el conocimiento se refiere inmediatamente a los contenidos de



nuestra conciencia -las ideas-, y las cosas serán conocidas sólo en cuanto que están "representadas" en las ideas.

"Puesto que la mente, en todos sus pensamientos y razonamientos, no tiene ningún otro objeto inmediato que no sea sus propias ideas, las cuales sólo ella contempla o puede contemplar, es evidente que nuestro conocimiento se ocupa únicamente de ideas".

"Es evidente que la mente no conoce de un modo inmediato las cosas, sino únicamente por la intervención de las ideas que tiene acerca de ellas".

(LOCKE, J.: *Ensayo sobre el entendimiento humano*.IV,IV,3)

3.2.2. CRITICA DE LAS IDEAS INNATAS

El primer enfrentamiento entre el empirista Locke y el racionalismo va a ser la negación del innatismo de las ideas. Y los argumentos presentados por Locke contra las ideas innatas son los siguientes:

1) Si existieran ideas y principios innatos, habrían de estar en todos los hombres y en todas las épocas de su vida, y es evidente que esto no ocurre, puesto que los niños y los idiotas, por ejemplo, no tienen conciencia de esas ideas y principios y, en general, los hombres llegan a morir ignorantes de muchas verdades que su mente era capaz de conocer.

2) Si existieran ideas y principios innatos, contarían con el asentimiento universal y eso no ocurre ni siquiera con principios aparentemente tan obvios como "es imposible que una misma cosa sea y no sea".

No hay, pues, ideas innatas. Lo único innato es la capacidad misma del entendimiento. Locke resuelve que las ideas innatas no son más que un pretexto para el perezoso que, aceptando tal explicación, se siente eximido del trabajo de nuevas investigaciones con respecto al origen de nuestras ideas.

3.2.3. ORIGEN DE LAS IDEAS. CLASES DE IDEAS.

En efecto, si no hay ideas innatas, esto es, si cuando el hombre nace su mente es, como dice Aristóteles, cual una tabula rasa, vacía por completo de contenido, hay que preguntarse entonces cuál es el origen de nuestras ideas, cómo se llena de contenidos nuestra mente. La pregunta es importante, porque al filósofo no debe bastarle con la mera constatación de que tiene ideas. Debe saber también de dónde proceden.

"Supongamos, entonces, que la mente sea, como se dice, un papel en blanco, limpio de toda inscripción, sin ninguna idea. ¿Cómo llega a tenerlas? ¿De dónde se hace la mente de ese prodigioso cúmulo, que la activa e ilimitada imaginación del hombre ha pintado en ella, en una variedad casi infinita? ¿De dónde saca todo ese material de la razón y del conocimiento? A esto contesto con una sola palabra, de la experiencia: he allí el fundamento de todo nuestro saber, y de allí es de donde en última instancia se deriva".



De la experiencia, pues, procede todo el material de nuestros conocimientos. Pero la experiencia puede ser de dos clases: o se refiere a los objetos sensibles externos o a las operaciones internas de la mente. Por la primera obtenemos ideas como las de *amarillo, calor, frío, amargo, dulce* y, en general, de todas aquellas cualidades que atribuimos a las cosas. Proceden de los sentidos externos y Locke las llama **ideas de sensación**. La experiencia externa es, de las dos, la más importante, pues origina el mayor número de ideas que tenemos.

Por la segunda llegamos a poseer ideas como las de *dudar, pensar, percibir, conocer, querer*, etc., todas ellas relativas a las diferentes actividades de nuestra mente y denominadas por Locke **ideas de reflexión**. Estas son las dos únicas fuentes de nuestras ideas.

Pero no solamente está en estas fuentes el origen de todo nuestro conocimiento, sino también su límite. Si todo conocimiento empieza por la experiencia, nada podrá decir que no pertenezca al propio ámbito de donde se ha originado. La experiencia es fuente, origen, pero es también demarcación, límite. Todo queda, pues, en la experiencia.

3.2.4. CUALIDADES PRIMARIAS Y CUALIDADES SECUNDARIAS

A todas estas clases de ideas que hemos mencionado las llama Locke ideas simples, pues son, como ya hemos dicho, los elementos primarios de nuestro conocimiento. Con respecto a ellas el entendimiento es totalmente pasivo.

Las ideas simples son, pues, representativas en nuestra mente de aquello que las produce, son imágenes de las cosas. Pero ¿son

imágenes fidedignas? ¿Representan con exactitud la realidad externa? Pues no siempre. Veámoslo.

Por lo que se refiere a las ideas de sensación, esto es, aquellas que se originan en los llamados sentidos externos, Locke distingue entre ideas que pueden obtenerse por más de un sentido e ideas que sólo pueden proceder de un sentido. Las primeras representan cualidades que él llama primarias. Son la solidez, la extensión, la forma, el movimiento o el reposo, el número, las cuales, como puede verse, son captables por más de un sentido. Al contenido de las segundas las llama cualidades secundarias, y son los colores, sonidos, olores, etc., cada uno de los cuales requiere un sentido específico: la vista para los colores, el oído para los sonidos, etc.

Pues bien, para Locke sólo las cualidades primarias pertenecen a las cosas mismas, están inseparablemente unidas a los cuerpos, cualquiera que sea el estado en que se encuentren. Son, por consiguiente objetivas, es decir, radican *-están-* en las cosas.

No ocurre así, por el contrario, con las cualidades secundarias, que son subjetivas. Las cualidades secundarias radican, pues, en nosotros. No son propiamente representativas, pues nada hay de ellas en los objetos, salvo la capacidad de producirlas en nosotros. Pero lo más importante, simplemente, es dejar constancia de que para Locke, padre del empirismo moderno, no todo lo que nos dan a conocer los sentidos es objetivo, se corresponde con la realidad. No todo lo que nos aparece como perteneciendo al mundo, pertenece al mundo.

3.2.5. LAS IDEAS COMPLEJAS



Locke ha insistido con frecuencia en la idea de que el entendimiento humano no puede alterar ni suprimir ni inventar por su cuenta ni una sola idea simple. Sin embargo,

"una vez que el entendimiento está provisto de esas ideas simples tiene la potencia de repetirlas, compararlas y unir las en una variedad casi infinita, de tal manera que puede formar a su gusto nuevas ideas complejas".

Hay, por consiguiente, un nuevo tipo de ideas, formadas a partir de las ideas simples, que son las ideas complejas. Se constituyen, según Locke, por la unión de ideas simples. En ellas el entendimiento ya no es pasivo, sino que, ejerciendo ciertos actos que le son propios, puede por su propia potencia, producir esas ideas "que jamás recibió así formadas". De esta manera, la mente puede variar y multiplicar los objetos de su pensamiento, infinitamente más allá de lo que le proporciona la sensación y la reflexión.

Estas ideas complejas pueden ser de tres clases: ideas de **modos**, ideas de **sustancias** e ideas de **relaciones**.

- Locke define los **modos** como aquellas ideas que, siendo compuestas, no contienen en sí el supuesto de que subsisten por sí mismas, sino que se las considera como dependencias o afecciones de la substancia. Es el caso de las ideas de gratitud, asesinato y tantas otras que no pueden ser representadas si no es haciéndolas radicar en otra cosa en la que se sustenten.

- Por su parte, las **sustancias** son combinaciones de ideas simples que se supone representan distintas cosas particulares

que subsisten por sí mismas, como, por ejemplo, hombre, manzana, rosa.

- Y, por último, las ideas de **relaciones** consisten en la consideración y comparación de una idea con otra. Son ejemplos las ideas de causa y efecto, identidad, diversidad, etc.

Por su importancia, vamos a fijarnos especialmente en el análisis que hace Locke de la idea compleja de sustancia, que es uno de los puntos por los que su filosofía es más conocida.

3.2.6. LA IDEA DE SUSTANCIA

Como es sabido, la noción de sustancia es central en la historia de la filosofía desde Aristóteles. No siempre, desde luego, se la ha entendido de la misma manera. Pero lo que, en cualquier caso, el término "sustancia" rememora es la idea de una especie de substrato en el cual se apoyan otros elementos, por lo general cambiantes, a los que Aristóteles llamó accidentes. Como aspectos cambiantes y "visibles" de las cosas, los accidentes son captables por los sentidos (el color, la figura,...). A la sustancia, en cambio, sólo se puede llegar por el entendimiento.

Pero ningún autor ha llegado a decir nunca con claridad qué es lo que entiende por ese sustrato. Locke pretende desentrañar el verdadero significado de esa idea de sustancia, para lo cual intentará averiguar cómo aparece en la mente a partir de las ideas simples.

La tesis de Locke es que la idea de sustancia es una idea compleja, pero con apariencia de idea simple. Es una falsa idea simple. Por lo tanto, como tal idea simple, si lo fuese, debería



COMUNIDAD DE HERMANOS MARISTAS INSTITUTO CHAMPAGNAT

proceder bien de la sensación, bien de la reflexión: si se trata de una sustancia externa a nosotros, de la sensación; si se trata del propio yo como sustancia, de la reflexión.

Pero no hay tal. Ni por una vía ni por otra ha de llegarnos la idea de sustancia, porque no es una idea simple, sino compleja. Es una combinación.

"La mente, estando abastecida, como ya he declarado, de una gran número de ideas simples que le llegan por vía de nuestros sentidos, según se encuentran en las cosas exteriores, o por vía de la reflexión sobre sus propias operaciones, advierte, además, que un cierto número de esas ideas simples siempre van juntas; y que presumiéndose que pertenecen a una sola cosa, se les designa, así unidas, por un solo nombre... De allí viene que, por inadvertencia, propendemos a hablar y a considerar lo que en realidad constituye una combinación de ideas juntas, como si se tratase de una idea simple. Porque, como ya he dicho, al no imaginarnos de qué manera puedan subsistir por sí mismas esas ideas simples, nos acostumbramos a suponer algún substratum donde subsistan y de donde resultan; el cual, por lo tanto, llamamos sustancia".

La noción de sustancia es, por consiguiente, una elaboración de nuestra mente, una obra humana, aunque fundada en la naturaleza de las cosas. Directamente no procede ni de la sensación ni de la reflexión, pero está construida sobre los datos facilitados por una y otra, esto es, por las ideas simples. Y la justificación de que se forme dicha noción está en el hecho de que esas ideas simples, en

el número que sea, siempre se nos han dado juntas, por lo que tendemos a suponer que todas pertenecen a una misma realidad.

La sustancia, pues, "no es sino un no sé qué que suponemos como soporte de esas ideas que llamamos accidentes". Se trata, consiguientemente, de algo que tenemos que suponer que existe si queremos explicarnos la aparición siempre igual de una serie de cualidades juntas. Pero qué sea esa sustancia será siempre incognoscible para el entendimiento humano.

3.2.7. EL PROBLEMA DEL CONOCIMIENTO

Hemos insistido repetidas veces en que las ideas constituyen el material del conocimiento humano. Pero afirmar esto equivale a decir que ellas no son el conocimiento mismo. En todo caso, son el material con el que se construye el conocimiento. Por otra parte, como también hemos repetido, el conocimiento es siempre conocimiento de ideas. Por lo que hay que deducir que el conocimiento se refiere a las ideas, pero no son las ideas mismas. ¿Qué es entonces el conocimiento? ¿En qué consiste?

Al comienzo del capítulo IV del *Ensayo* Locke define el conocimiento como "la percepción de la conexión y acuerdo, o del desacuerdo y repugnancia entre cualesquiera de nuestras ideas". Así, por ejemplo, cuando conocemos que lo blanco no es lo negro estamos simplemente percibiendo -conociendo- el desacuerdo, la discordancia entre esas dos ideas. Y cuando afirmamos que los tres ángulo de un triángulo equivalen a dos rectos estamos percibiendo que las ideas contenidas en ese juicio convienen entre sí necesaria e inseparablemente. El conocimiento es, por lo tanto, la percepción de una relación entre ideas.



COMUNIDAD DE HERMANOS MARISTAS
INSTITUTO CHAMPAGNAT

Pero Locke señala dos clases de conocimiento. Hay, en primer lugar, un conocimiento intuitivo, que es aquel en que la mente percibe de un modo inmediato el acuerdo o desacuerdo de dos ideas por sí solas, esto es, sin intervención de ninguna otra idea. De esta manera es como la mente percibe que lo blanco no es lo negro, que un círculo no es un cuadrado y que tres es más que dos e igual a uno más dos. Es el conocimiento más claro y el que mayor certeza nos puede proporcionar.

En segundo lugar, está el conocimiento demostrativo, en el que la mente percibe el acuerdo o desacuerdo entre dos ideas, pero no inmediatamente, sino por la mediación de otras ideas, a las que Locke llama *pruebas*. Al proceso en general le llama *demonstración*. Por más que a través de la demostración se alcanza también un conocimiento cierto, no entraña, sin embargo, una evidencia tan clara y luminosa, ni logra tan pronto nuestro asentimiento.

Y Locke, como Descartes, va a preguntarse por las tres grandes realidades de la metafísica tradicional: el yo (la *res cogitans* cartesiana), Dios (la *res infinita*) y el mundo (la *res extensa*). ¿Podemos conocer su existencia?

-Por lo que se refiere a la existencia del yo, es decir, a la propia existencia, dice Locke que la certeza de ella la alcanzamos por intuición. "Nada puede ser para nosotros más evidente que nuestra propia existencia". Por lo tanto, su percepción no requiere *prueba* alguna. Estaríamos aquí ante una **certeza intuitiva**.

"Me parece que está fuera de toda duda que el hombre tiene una percepción clara de su propio ser; sabe con certeza que existe y que es algo. A quien

pueda dudar si es algo o no, a ése no le hablo, como tampoco argumentaría con la pura nada, ni intentaría convencer al no ser de que es algo. Si alguien tiene la pretensión de tanto escepticismo como para negar su propia existencia (porque realmente dudar de ella es manifiestamente imposible), que goce enhorabuena en su amada felicidad de no ser nada, hasta que el hambre o algún otro dolor lo convenza de lo contrario".

-De Dios no tenemos ninguna idea innata, ni su existencia es de ninguna manera evidente. No basta, pues, la intuición. Hay que recurrir a la demostración. De la existencia de Dios sólo nos cabe una **certeza demostrativa**. Pero aquí Locke no sigue a Descartes en el uso del llamado argumento ontológico, que expresamente rechaza, sino que asume una de las pruebas clásicas basadas en el principio de causalidad, concretamente, aunque con algunos matices diferenciales, la prueba basada en la contingencia del mundo.

Parte de la evidencia de la propia existencia. Así, pues, el hombre conoce con certeza que existe y que es algo. Pero, además, también sabe, por una certeza asimismo intuitiva, que la nada no puede producir nada (que de la nada no puede surgir algo).

"Si, por lo tanto, conocemos que hay algún ser real y que el no ser no puede producir ningún ser real, resulta una demostración evidente que desde la eternidad ha habido algo, puesto que lo que no es desde la eternidad ha tenido un comienzo, y lo que ha tenido un comienzo debe haber sido producido por alguna cosa".



COMUNIDAD DE HERMANOS MARISTAS INSTITUTO CHAMPAGNAT

Pero este ser que existe desde toda la eternidad, por ser principio de todos los seres y de todo cuanto éstos contienen, ha de ser el más poderoso y el más sabio.

-En cuanto a "la existencia de las otras cosas", sólo podemos saber de ella por la sensación. Por lo tanto, sólo nos cabe tener una **certeza puramente sensitiva**. Porque es evidente que el hecho de que tengamos en la mente la idea de una cosa no prueba la existencia de esa cosa "más de lo que el retrato de un hombre probaría que ese hombre está en el mundo". Y ello es así porque no hay ninguna relación necesaria entre la idea y la cosa, de manera que baste la posesión de la idea para que automáticamente sea necesario admitir la existencia de la cosa.

Por tanto, la sensación no prueba, sin más, que exista la cosa sentida, con la certeza que dan la intuición o la demostración. Pero sí nos da un conocimiento suficiente. Las sensaciones no son producidas por nuestros órganos sensoriales, luego han de ser debidas a una causa exterior, una cosa real existente (aquí Locke utiliza, por tanto, el concepto de causa para probar la existencia del mundo real).

"Por ejemplo, mientras escribo esto, en virtud de que el papel afecta mis ojos, se produce en mi mente esa idea a la que doy el nombre de blanco, cualquiera que sea el objeto que la provoque en mí; y de esa manera conozco que esa cualidad o accidente existe realmente, y que tiene un ser exterior a mí. Y sobre esto, la mayor seguridad que me es posible tener, y a la cual pueden aspirar mis facultades, es el testimonio de mis ojos, que son los únicos y propios jueces de esta cosa, y sobre cuyo testimonio tengo razón de descansar, como sobre algo tan cierto como que yo no

puedo dudar, mientras escribo esto, de que veo negro y blanco y de que algo realmente existe que causa en mí esa sensación de que escribo o muevo mi mano".

Se trata, evidentemente, de un conocimiento que no ofrece, ni mucho menos, la seguridad del conocimiento intuitivo, ni siquiera la del conocimiento demostrativo. Sin embargo, merece también el nombre de auténtico conocimiento.

Así, pues, resumiendo, "poseemos un conocimiento de nuestra propia existencia, por intuición; de la existencia de Dios, por demostración; y de las demás cosas, por sensación". Más allá de estos grados de conocimiento sólo queda para Locke la opinión y la probabilidad. Pero eso, para Locke, no es ya conocimiento.

3.4. DAVID HUME (1711-1776)

Última gran figura del denominado empirismo inglés. Nació en abril de 1711 en Edimburgo. Estudió jurisprudencia en esta ciudad, pero sus aficiones le llevaban a la filosofía y a la literatura. Se trasladó a Francia, donde permaneció tres años (1734-1737) para proseguir sus estudios. Durante su permanencia en este país compuso su primera y fundamental obra : Tratado sobre la naturaleza humana, publicada en 1738 sin el menor éxito. Entretanto, Hume había vuelto a Inglaterra, donde publicó en 1742 la primera parte de sus Ensayos morales y políticos, que tuvieron, en cambio, una acogida favorable. Entre 1745 y 1748 desempeñó varios cargos políticos, entre ellos el de secretario del General St. Clair, que lo llevó consigo en sus embajadas militares a las cortes de Viena y Turín. Se encontraba precisamente en Turín cuando en 1748 se publicaron en Londres las Investigaciones sobre el entendimiento humano, que reelaboraban en forma más sencilla y llana la primera parte del



Tratado. En 1752 publicó las *Investigaciones sobre los principios de la moral*, reelaboración de la segunda parte del *Tratado*.

3.4.1. EL CONOCIMIENTO

El punto de partida de la filosofía de Hume es el mismo que desde Locke se basa todo empirismo: no hay conocimiento válido sino en la medida en que el análisis pueda reducirlo a experiencia, de la cual es tomado. Pero Hume está dispuesto a llegar, sin retroceder, hasta las últimas consecuencias.

Por eso, desde el comienzo de su obra capital en el plano de la teoría del conocimiento *-Investigaciones sobre el entendimiento humano-*, es patente la vocación antimetafísica en este autor. La metafísica -dice Hume- no ha sido nunca ciencia, sino un vano deseo de penetrar en lo impenetrable, o la obra astuta de la superstición, de las angustias y prejuicios de la religión. Para liquidar de una vez para siempre las inabordables cuestiones metafísicas, es preciso investigar seriamente la naturaleza del entendimiento humano, realizar un análisis exacto de su poder y capacidad.

3.4.2. ELEMENTOS DEL CONOCIMIENTO. IMPRESIONES E IDEAS

Hume, como Locke, empieza por descartar la existencia de ideas o principios innatos. Todos los contenidos de la conciencia proceden de la experiencia sensible (percepción). Pero el escocés introduce algunas innovaciones terminológicas que le permitirán una mayor claridad en las consecuencias de aquel principio.

A los datos inmediatos de la experiencia externa o interna los llama **impresiones** (impressions), y caracteriza a éstas por su viveza y su sentido de la realidad.

Las **ideas** son, en cambio, contenidos mediatos, reproducidos o derivados de aquellas impresiones, y por esta razón menos vivos, "más débiles", pues:

"...todo el mundo admitirá sin reparos que hay una diferencia considerable entre las percepciones de la mente cuando un hombre siente dolor (...) y cuando con posterioridad evoca esta sensación o la anticipa en su imaginación... y una distinción semejante afecta a todas las percepciones de la mente".

Como vemos, Hume no estaba satisfecho en absoluto con la manera en que Locke utilizaba el término "idea" para referirse a todo aquello que conocemos. Hume reserva la palabra "idea" para designar solamente ciertos contenidos del conocimiento, ciertas percepciones.

Vea el lector esta página y cierre a continuación los ojos tratando de imaginarla. En ambos casos estará percibiendo -conociendo- esta página, si bien entre ambos casos existe una notable diferencia: la percepción de esta página es más viva cuando la vemos que cuando la imaginamos o recordamos. Al primer tipo de percepción lo denomina Hume impresiones (conocimiento por medio de los sentidos), al segundo tipo lo denomina ideas (representaciones o copias de aquéllas en el pensamiento). Éstas últimas son más débiles, menos vivas que las primeras. El ejemplo que hemos puesto pone, además, de manifiesto que las ideas proceden de las impresiones, son imágenes o representaciones de éstas.



3.4.3. MODOS O TIPOS DE CONOCIMIENTO: EL CONOCIMIENTO DE RELACIONES DE IDEAS Y EL CONOCIMIENTO DE HECHOS.

Además de la distinción entre impresiones e ideas -distinción relativa a los elementos del conocimiento-, Hume introduce una importante distinción relativa a los modos o tipos de conocimiento. De acuerdo con esta distinción nuestro conocimiento es de dos tipos:

- conocimiento de relaciones entre ideas y
- conocimiento factual, de hechos.

Tomemos la siguiente proposición: "el todo es mayor que las partes". Este conocimiento nada tiene que ver con los hechos, con lo que pase o suceda en el mundo, es independiente de que hay todos y partes: háyalos o no los haya, sean cuales sean los hechos, esta proposición es verdadera. Este conocimiento no se refiere, pues, a hechos, sino que se refiere a la relación existente entre las ideas de todo y parte. Aun cuando estas ideas -como todas- procedan de la experiencia, la relación entre las mismas es, en cuanto tal, independiente de los hechos. A este tipo de conocimiento pertenecen la Lógica y las Matemáticas (que en cuanto no se refieren a los hechos se denominan ciencias formales). Sólo en este tipo de conocimiento es posible la necesidad y la universalidad. Estos conocimientos son necesarios porque el negarlos sería contradictorio.

Aparte de las relaciones entre ideas, nuestro conocimiento puede referirse a hechos: el conocimiento que tengo de que ahora estoy leyendo, de que dentro de unos instantes hervirá el agua que he

colocado sobre el fuego, es un conocimiento factual, de hechos. El conocimiento de hechos no puede tener, en último término, otra justificación que la experiencia (impresiones).

Según Hume las cuestiones de hecho no ofrecen en absoluto el grado de necesidad de las ciencias formales (conocimiento de relaciones entre ideas: Lógica y Matemáticas) ya que "lo contrario de una cuestión de hecho es todavía posible, porque nunca implica contradicción. Que el sol no salga mañana es una proposición ni menos inteligible ni más contradictoria que la afirmación de que saldrá. En vano, pues, intentaríamos demostrar su falsedad".

Al clasificar los elementos del conocimiento en impresiones e ideas, Hume estaba sentando las bases del empirismo más radical. Con este planteamiento, en efecto, se introduce un criterio tajante para decidir acerca de la verdad de nuestras ideas. ¿Queremos saber si una idea cualquiera es verdadera? Muy sencillo: comprobemos si tal idea procede de alguna impresión. Si podemos señalar la impresión correspondiente, estaremos ante una idea verdadera; en caso contrario, estaremos ante una ficción. El límite de nuestro conocimiento son, pues, las impresiones.

Apliquemos este criterio al conocimiento factual -de hechos-. Aplicando este criterio en un sentido estricto, nuestro conocimiento de los hechos queda limitado a nuestras impresiones actuales (lo que ahora vemos, oímos, etc.) y a nuestros recuerdos actuales -ideas- de impresiones pasadas (es decir, lo que recordamos haber visto, oído, etc.), pero no puede haber conocimiento de hechos futuros, ya que no poseemos la impresión correspondiente; no poseemos impresión alguna de lo



que sucederá en el futuro (¿cómo íbamos a poseer impresiones de lo que aún no ha sucedido?).

3.4.4. CRÍTICA DE LA RELACIÓN DE CAUSALIDAD

Ahora bien, es incuestionable que en nuestra vida contamos constantemente con que en el futuro se producirán ciertos hechos: vemos caer la lluvia a través de la ventana y tomamos precauciones, contando con que la lluvia mojará cuanto encuentre a su paso; colocamos un recipiente de agua sobre el fuego, contando con que se calentará. Sin embargo, solamente tenemos la impresión de la lluvia cayendo y solamente tenemos la impresión del agua fría sobre el fuego. ¿Cómo podemos estar seguros de que posteriormente tendremos las impresiones de los objetos mojados y del agua caliente?. Hume observó que en todos estos casos -es decir, tratándose de hechos- nuestra certeza acerca de lo que acontecerá en el futuro se basa en una inferencia causal: estamos seguros de que las cosas bajo la lluvia se mojarán y de que el agua se calentará basándonos en que el agua y el fuego producen sendos efectos. La lluvia es causa, el fuego es causa y sus efectos respectivos son el mojarse y el calentarse de cuanto caiga bajo su acción.

La idea de causa es, pues, la base de todas nuestras inferencias acerca de los hechos de los que no tenemos una impresión actual. Pero ¿qué entendemos por causa? ¿cómo entendemos la relación causa-efecto cuando pensamos que el fuego es la causa y el calor el efecto? Hume observa que esta relación se concibe normalmente como una conexión necesaria (es decir, que no puede no darse) entre la causa y el efecto, entre el fuego y el calor: el fuego calienta necesariamente, y, por tanto, siempre que arrimemos agua al fuego se calentará necesariamente. Puesto

que tal conexión es necesaria, podemos conocer con certeza -al menos eso creemos- que el efecto se producirá necesariamente.

No seamos, sin embargo, tan precipitadamente optimistas y apliquemos el criterio antes expuesto a esta idea de causa. Una idea verdadera es decíamos, aquella que corresponde a una impresión. Pues bien, ¿tenemos la impresión que corresponda a esa idea de conexión necesaria entre dos fenómenos (hechos)? No, contesta Hume. Hemos observado a menudo el fuego y hemos observado que a continuación la temperatura de los objetos situados junto a él aumenta, pero nunca hemos observado que entre ambos hechos exista una conexión necesaria. Lo único que hemos observado, lo único observable, es que entre ambos hechos se ha dado una sucesión constante en el pasado, que siempre sucedió lo segundo -el efecto: el calentamiento- tras lo primero -la causa-. Que además de esta sucesión constante exista una conexión necesaria entre ambos hechos es una suposición improbable. Y como nuestro conocimiento acerca de los hechos futuros solamente tendría justificación si entre lo que llamamos causa y lo que llamamos efecto existe una conexión necesaria, resulta que hablando con propiedad no sabemos o conocemos que el agua vaya a calentarse, simplemente creemos que el agua se calentará.

Que nuestro pretendido conocimiento de hechos futuros por inferencia causal no sea en rigor conocimiento, sino suposición y creencia (creemos que el agua se calentará), no significa que no estemos absolutamente ciertos acerca de los mismos: todos tenemos absoluta certeza de que el agua de nuestro ejemplo se va a calentar. Esta certeza proviene, según Hume, del **hábito**, de la costumbre de haber observado en el pasado que siempre que sucedió lo primero sucedió también lo segundo.



Nuestra certeza acerca de hechos no observados no se apoya, pues, en un conocimiento de éstos, sino en una creencia. En la práctica, piensa Hume, esto no es realmente grave, ya que tal creencia y certeza nos bastan y nos sobran para vivir. Pero, ¿hasta dónde es posible extender esta certeza y esta creencia basadas en la inferencia causal? El mecanismo a que nos hemos referido -el hábito, la costumbre- es la clave que nos permite responder a esta pregunta. La inferencia causal solamente es aceptable entre impresiones. De la impresión actual del fuego podemos inferir -deducir- la inminencia de una impresión de calor, porque fuego y calor se nos han dado unidos repetidamente en la experiencia. Podemos pasar de una impresión a otra impresión, pero no de una impresión a algo de lo cual nunca ha habido impresión, experiencia.

3.4.5. LA REALIDAD EXTERIOR

Tomemos este criterio y comencemos aplicándolo al problema de la existencia de una realidad distinta de nuestras impresiones y exterior a ellas. En Locke, veíamos, la existencia de los cuerpos como realidad distinta y exterior a las impresiones o sensaciones se justifica utilizando una inferencia causal: la realidad extramental es la causa de nuestras impresiones. Ahora bien, esta inferencia es inválida, a juicio de Hume, ya que no va de una impresión a otra impresión, sino de las impresiones a una pretendida realidad que está más allá de ellas y de la cual no tenemos, por tanto, impresión o experiencia alguna. La creencia en la existencia de una realidad corpórea distinta de nuestra impresiones es, por tanto, injustificable apelando a la idea de causa.

Lo único que la mente conoce son sus propias percepciones, es decir, las impresiones y las ideas que derivan de las impresiones.

Por lo tanto esa pretendida realidad distinta y exterior a las percepciones (los cuerpos, el mundo) no puede ser objeto de conocimiento. Ahora bien, el hecho de no poder justificar racionalmente la existencia del mundo no significa para Hume negar que éste exista: de la existencia del mundo no hay conocimiento, pero hay creencia.

3.4.6. LA EXISTENCIA DE DIOS

Locke y Berkeley habían utilizado la idea de causa, el principio de causalidad, para fundamentar la afirmación de que Dios existe. A juicio de Hume, esta inferencia es también injustificada por la misma razón: porque no va de una impresión a otra. En Locke se demuestra la existencia de Dios como causa de la realidad extramental (mundo). En esta prueba se establece una relación causa-efecto entre Dios -causa- y el mundo -efecto-; ni de Dios ni de la realidad exterior tenemos impresión alguna. En Berkeley Dios es la causa que provoca en nosotros un determinado efecto: las ideas -impresiones en la terminología de Hume-.

Ahora bien, si ni la existencia de un mundo distinto de nuestras impresiones ni la existencia de Dios son racionalmente justificables ¿de dónde proceden nuestras impresiones? -recuérdese que para Locke proceden de la realidad exterior y para Berkeley proceden de Dios-. El empirismo de Hume no permite contestar a esta pregunta. Sencillamente, no lo sabemos ni podemos saberlo: pretender contestar a esta pregunta es pretender ir más allá de nuestras impresiones y éstas constituyen el límite de nuestro conocimiento. Tenemos impresiones, no sabemos de dónde proceden, eso es todo.

3.4.7. EL YO Y LA IDENTIDAD PERSONAL



COMUNIDAD DE HERMANOS MARISTAS
INSTITUTO CHAMPAGNAT

De las tres realidades o sustancias cartesianas (Dios, mundo, Yo) nos queda solamente ocuparnos del Yo como realidad, como sustancia distinta de nuestras ideas e impresiones. La existencia de un yo, de una sustancia cognoscente distinta de sus actos, había sido considerada indubitable no sólo por Descartes, sino también por Locke y Berkeley. Y no le sirve ahora a Hume aplicar su crítica de la idea de causa, ya que la existencia del Yo no fue considerada por sus antecesores como resultado de una inferencia causal, sino como resultado de una intuición inmediata.

Sin embargo, la crítica de Hume alcanza también al Yo como realidad distinta de las impresiones e ideas. La existencia del Yo como sustancia, como sujeto permanente de nuestros actos psíquicos, no puede justificarse acudiendo a una pretendida intuición, ya que sólo tenemos intuición de nuestras impresiones e

ideas y ninguna impresión permanente, sino que unas suceden a otras de manera ininterrumpida: "El yo o persona no es ninguna impresión, sino aquello a que se supone que nuestras ideas e impresiones se refieren. Si alguna impresión originara la idea del Yo, tal impresión habría de permanecer invariable a través del curso total de nuestra vida, ya que se supone que el Yo existe de este modo. Sin embargo, no hay impresiones constantes e invariables: dolor y placer, tristeza y alegría, pasiones y sensaciones se suceden unas a otras y nunca existen todas al mismo tiempo" (*Tratado acerca de la naturaleza humana. I,4,6*).

No es justificable, pues, la existencia del Yo como sustancia distinta de las impresiones e ideas, como sujeto de la serie de actos psíquicos.